

la ciudad como el loco, el tartamudo y el cojo. Llama la atención dentro de esta enumeración de “tipos” (según se concebían en el siglo XIX) un breve párrafo a Vicentico, un hombre que usaba ropas de mujer y que “paseaba así ataviado por todas las calles de la ciudad, y se le quería tanto por su apacible carácter, que, aunque siempre seguido por una nube de muchachos, éstos no se burlaban de él” (pág. 144). Es en este tipo de datos que el texto de Gónima alcanza su mayor brillo. La invisibilidad de personajes como Vicentico en la historiografía del siglo XIX hace que los pocos datos disponibles cobren aún mayor interés.

La escritura histórica de Gónima, también mantiene una tensa relación con la ficción, una domina mientras que la otra cede de vez en cuando. Ejemplo de ello es el final del libro. En “Más vejece” asigna título a relatos breves como el de “Un sucedido que parece novela”, en el que se convierte en narrador de relatos con estructura casi de cuento. Otras historias que parecen cruzar la línea hacia la fantasía, pero que por eso mismo nos deja ver la mixtura entre ficción y realidad presente en las percepciones de los antioqueños, es su apartado dedicado a los espantos. Allí hace relación de cuentos de duendes, brujas, ánimas en pena, guacas, ‘El sombrero’ y chapolas negras, donde el autor prefiere la interpretación fantástica de los hechos cada vez que se enfrenta a la pregunta de causa-efecto.

Al contrario, en “Siempre vejece”, que es el apartado con que culmina el libro, retoma su lado de historiador político. Allí hace referencia mayoritariamente a los acontecimientos políticos relacionados con los conflictos civiles, en especial en los años alrededor del golpe de Estado de Melo (1854) y el intento de secesión del estado del Cauca por parte de Tomás Cipriano de Mosquera (1860). No obstante, incluso en esta parte se cuelean impresiones personales y rastros de los que Gónima concibió como el sentir público o privado frente a ciertos hechos –como los ajusticiamientos de rebeldes o miembros de un partido opositor–, rasgo que le otorga un sabor familiar a su escritura y nos da una dimensión privada de la recepción del acontecer público.

Para concluir, quiero mencionar que Eladio Gónima escribió sus textos como una historia a medio camino entre la oralidad y la escritura. Eso se evidencia en la riqueza de las expresiones populares, pero también en el devaneo de una idea a otra pues, sin transiciones ni introducciones a un nuevo tema, el lector fácilmente se pierde o se queda añorando detalles extras de algunos de los sucesos relatados que terminan siendo muy breves. Sin embargo, ese mismo carácter mixto abre las puertas a un rico panorama de muchos aspectos rutinarios de aquel momento. Entre línea y línea se van abriendo espacios para estudios de género, de vida familiar, historiografía de la vida cotidiana, etc., hecho notable en la amplia cantidad de estudios de este tipo que lo usan como fuente. Justo esta característica miscelánea de

la crónica de Eladio Gónima le permitió ser un espacio flexible e incluyente, pues por su pluma pasan no solo acontecimientos considerados de gran trascendencia para la historia de la región y del país, sino también relatos de sucesos transitorios, de imprevistos o de aspectos más prosaicos, fácilmente excluidos y olvidados en la historiografía tradicional. Es la obviedad de lo ordinario, por cierto nada despreciable para el quehacer historiográfico actual, que deja huella en los relatos del antioqueño y nos permite asomarnos a un mundo ajeno a nosotros, o quizá uno del que todavía quedan muchos vestigios.

Laissa Melina Rodríguez

## Annexus

EL NÚMERO 78 de este *Boletín* presentó una reseña crítica sobre el libro *Simonía de amor*, de Verano Brisas (Arquitrave Editores, Bogotá, 2007), autor que no es ningún principiante: obtuvo por concurso el XVI Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia (2004) con el libro *León hambriento el mar*, y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín editó su libro *Cantos de verano*. En la actualidad tiene treinta libros inéditos en diversos géneros: poesía, novela, cuento, teatro, ensayo y un extenso diccionario de términos marinos titulado *Glosamar*.

Aquella reseña dice: “No, no recomiendo leer este libro, sobre todo si a uno le gusta la poesía. No vale la pena”. Y continúa: “¡Qué lirismo, señores, qué lirismo! Me sentí ante un Julio Flórez revisitado, ante una vuelta de tuerca hacia los años aquellos, siquiera ya pasados, en los que la poesía se revestía de babosa y se arrastraba por el piso dejando tras de sí una estela pegajosa en la que uno tenía el riesgo de resbalar y caer muerto”.

En primer término debe anotarse que Julio Flórez es el único poeta verdaderamente popular y representativo de Colombia. Su versificación es perfecta y sus poemas no han dejado de escucharse, convertidos en canciones. Cuando Andrés Holguín lo excluyó de la poesía se le vino el mundo encima, como se dice, y le fue preciso rectificar. Poetas coronados con la pública exaltación no hemos tenido sino a Rafael Pombo, Julio Flórez y Aurelio Martínez Mutis, éste último desterrado de las bibliotecas públicas por ignorancia.

Si alguna época se puede citar como de poesía babosa y arrastrada es precisamente ésta que se vive, no la de poetas imprescindibles como Rafael Pombo, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Porfirio Barba Jacob, Luis Carlos López, León de Greiff y Álvaro Mutis, entre 1900 y el 2000.

El romanticismo en el mundo occidental fue una gran época, y también el modernismo. La que está patinando es la actualidad, descentrada, caótica,



superficial y vana, como lo demuestra Vargas Llosa en *La civilización del espectáculo*.

Federico de Onís (dice la Enciclopedia) empleó por primera vez (1934) el término posmodernismo como reacción frente a la intensidad experimental de la poesía modernista o vanguardista. Es un movimiento de retorno o recuperación de la sencillez lírica, de la tradición clásica. El posmodernismo como renuncia a la teleología emancipatoria de las vanguardias sigue siendo considerado como su rasgo más distintivo. El concepto de posmodernidad es polifacético y no forma una corriente de pensamiento unificada. Según Hubert Pöppel, se refiere al fin de los grandes relatos de la modernidad; a la pluralidad no reductible a un centro o un discurso unificador; y finalmente a la fuga de sentido.

Reproducir a continuación parte del prólogo preparado por este cronista para *Simonía de amor* no es solo ratificación de conceptos, sino también ilustración para quienes desconozcan de qué se habla, puesto que los quinientos ejemplares acostumbrados para los libros de poemas se agotaron por venta en el primer mes de su publicación, sin publicidad ni librerías, por el motivo que debe repetirse una vez más: que los buenos libros se venden solos.

Dice la nota preliminar:

La dificultad para reconocer lo insólito y la incapacidad para pensar por sí mismo induce al crítico improvisado a desconfiar de lo que no tenga previo aval, y así es como se forman los estereotipos literarios del ámbito académico. Cuando Álvaro Mutis declara que tardó veinte años en comprender a Aurelio Arturo, está demostrando a su modo, con sutil sonrisa, la dificultad de leer poesía. Nada más escaso que la buena poesía. No es para todos. Se necesita tener ángel. El ángel también es escaso. Del drama a la tragedia, de lo solemne a lo humorístico, de lo clásico a lo experimental, de uno a otro extremo del registro de los sentimientos humanos, el verdadero poeta ha de vivir en estado de inspiración permanente.

El gran defecto del verso libre es que con él se borra la frontera entre verso y poesía. El poema desaparece en el versolibrismo. La poesía vuelve a ser la poesía, o se diluye definitivamente en la prosa. Verano Brisas encuentra una solución en el posmodernismo, porque éste es precisamente un retroceso, y así se define como reacción conservadora que preconiza la sencillez lírica contra el modernismo. Lo hace porque, al contrario de lo que suele suceder con los poetas, él sabe dónde está parado. Tiene una ética, un estilo definido, una firme personalidad. Ha dejado de ser el aventurero. Ahora tiene una conquista. Cuando las artes se ven en crisis por agotamiento, alguien tiene que tener la sabiduría y el valor de volver a las fuentes. Ésta es la épica lírica que Verano propone. Y es por unos pocos que se salva siempre lo que parecía un naufragio irremediable.

**Jaime Jaramillo Escobar**

## Carolina Dávila

### Poeta invitada

BOGOTÁ, 1982. Poeta y abogada. Cofundadora y editora de la revista cultural *Somos. Libertad bajo palabra* de la Universidad Externado de Colombia. Ha participado en festivales de poesía nacionales e internacionales. Sus poemas han sido incluidos en antologías en Colombia, Chile, México, Venezuela y Portugal. Con el libro *Como las catedrales* obtuvo el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura de Colombia (2010).

## Judith Pérez Medina

### Artista invitada



BOGOTÁ, 1977. Estudió comunicación social y periodismo. Coautora de libros entre los cuales se destaca *Historia de los judíos en Colombia*. Fotógrafa paisajista e ilustradora, ganadora, dos veces, del Premio Jorge Isaacs de la Universidad

Los Libertadores. Ha publicado artículos de opinión sobre temas sociales y cotidianos de la clase media colombiana. Posee un gran número de agregados que siguen de cerca sus nanorrelatos dentro de su autodenominación como muralista del Facebook. Actualmente adelanta actividades dirigidas a incentivar la escritura en niños y jóvenes de escasos recursos con instrumentos como el humor, la fantasía, la fotografía y la ilustración y su libro *Nanorrelatos de la India Menta*, que será editado en 2015 en Argentina.